

No creamos solos

Jorge SANJINÉS

Cuando filmábamos las últimas secuencias de nuestra más reciente película *Para recibir el canto de los pájaros*, me puse a pensar en que todo ese tremendo esfuerzo colectivo que se había realizado hasta entonces tendría algún sentido en este mundo que cambia a la velocidad de la luz. Proponer lo que deseábamos proponer a esa nuestra gente generosa que espera pacientemente los esporádicos frutos cinematográficos de sus cineastas no resultaría ya extemporáneo, obsoleto.

Decir que en este mundo hay hombres capaces aún de recibir —no digo escuchar— el canto de los pájaros podría resultar una provocación absurda y vana. Por eso me atacó la duda impulsada por ese abrir cotidiano de la información que por distintos medios nos invade llenándonos de incertidumbre, miedo y soledad. Por una parte, los sacerdotes del mercado que todo lo reducen a la parafernalia del consumo, del intercambio, del marketing y, por otra, los enterradores de la utopía, los cocodrilos llorones de la ideología que entierran sus propias certidumbres en el lodo del transfugio.

Luego, revisando las imágenes logradas, esa extraña magia que encierra para siempre un instante capturado al tiempo veloz y a la muerte abrumadora, me regresó la confianza. Porque si hay algo de lo que estoy cada vez más seguro es que en el momento de crear no estamos solos, no creamos solos. En ese momento lúcido de conocer qué es la invención creativa, alguien más, aparte del equipo, del director y los actores, está presente para indicar qué crear, cómo crear.

Es extraño, es como si llegara en ese instante un mensaje desde muy lejos, tal vez desde las recónditas voces de la memoria colectiva del pasado, de la suma de los conoceres más antiguos y más diversos, de las atávicas experiencias de nuestros muertos que aún mantienen una luciérnaga encendida en

nuestras almas. Y es cuando uno comprende que hay que decir lo que se siente uno impulsado a decir. Por eso recobré el entusiasmo y el atrevimiento para plantear la reflexión para convocarnos a mirar el futuro con un ojo adelante y otro bien abierto hacia atrás.

Hoy en día, me parece que el punto álgido de la crisis que vive la humanidad gira en torno al conflicto entre una visión impregnada por el más recalcitrante pragmatismo que cifra toda su esperanza en la infalibilidad del objeto y aquella otra visión, aún persistente, que se apoya en la posibilidad del espíritu. Y esta contradicción, aparentemente tan reducida, conlleva un inmenso, complejísimo mosaico de interpretaciones y está dividiendo cada día con más nitidez dos tipos de ética que entran en conflicto: aquella que se ocupa del yo por encima de cualquier responsabilidad social y la que aún se compromete con los destinos colectivos. Este pragmatismo a ultranza, que más parece una carrera autodestructiva que se engendra en los derrumbes ideológicos contemporáneos, arrasa incontenible con las identidades. En una entrevista concedida por el sociólogo francés Alain Touraine, citando a Raymond Aron y a Edgar Morin a propósito de la "complejidad", decía que "es moderna una sociedad capaz de formar un todo con la diversidad, la de las culturas, de las memorias, de las identidades". Y yo encuentro esa reflexión una correcta manera de entender el futuro, de proponerlo y construirlo, porque lo contrario es un camino de pura soledad digital. El mismo Touraine se queja amargamente de la infernal confusión y crisis de identidad que padece nada menos que su país, cuna del iluminismo y de las ideas rectoras del mundo contemporáneo occidental. Dice: "Francia está paralizada si no comprende que en todas las culturas hay una presencia de lo universal", y grita al final, agobiado: "Todos estamos cansados de los excesos de la racionalización, de la reducción del planeta a un mercado, hartos de triunfo de los financieros y de los dictadores. Tenemos necesidad de reencontrar nuestras culturas, de reciclar nuestro imaginario, de confrontarlo con otros..."

Qué paradójico resulta leer esa demanda desesperada proveniente de un intelectual de uno de los países más logrados, más orgullosos de sus aportes al pensamiento, a la cultura y a la ciencia, cuando se la compara con las demandas energúmenas de algunos de nuestros políticos que, por el contrario, están exigiendo la extinción de las identidades, de las culturas, de las memorias, porque las miran como obstáculos para la integración al monoeconomicismo, al famoso mercado mundial.

Y por cierto que esta indignación de Touraine no reniega del mercado en sí que puede parecerle útil o necesario, sino de

la visión monoteísta del mismo, que sólo se concentra en el valor de cambio y olvida la sabiduría del valor de uso. Protesta de la exclusión de la complejidad que requiere la humanidad para recrearse, para reinventarse, para reinspirarse y así motorizar el impulso del espíritu, de aquello que ya no se puede computar en un ordenador.

Y con esta nueva película que propone más de una lectura, que intenta componer un espejo de nuestra compleja sociedad, quisiéramos inquietar sobre la idea de vislumbrar una Bolivia que conjugue sus diversidades, que utilice sus memorias, que entienda y aprenda sus pasados, y elabore sabidurías para respetarse a sí misma respetando las diferencias culturales, extrayendo las lecciones y aprendiendo de sus caídas y carencias, pero no para quedarse ensimismada de su propia complejidad, sino para que siga elaborando preciosas complejidades que den más alegría y más asombro, haciendo del vivir una permanente manera de reverenciar la vida, de admirarse con más pasmo de todo lo maravilloso que nos rodea y desear, con más fervor, superar lo penoso, lo injusto. Porque si perdemos esa capacidad de admirar lo nuestro, de conocer, de asombrarnos y rebelarnos contra lo que está mal, nos puede pasar lo peor: perdernos en la impotencia de no poder crear ya nada.

Cada cultura es una manera de ser y esto es importante no sólo para los que son de esa cultura que están expresando en sus creaciones, una propia, peculiar y única manera de comprender y conocer la vida, sino que es muy importante para las otras culturas. Del intercambio, de las influencias de las mutuas admiraciones nacen nuevas culturas, nuevas y más profundas maneras de conocer y, por tanto, el conjunto de la complejidad puede dar más notables saltos hacia la consolidación de una unidad más intrincada, resistente y fuerte. Y, por el contrario, del desprecio de una cultura hacia otra, de una etnia hacia otra, de la ciega y estúpida soberbia de creerse superiores por nacer aquí o acullá, por pertenecer a tal o cual raza, surge la disgregación, el odio y la guerra, como surge hoy en lugares que nos parecieron "civilizados", en países que nada hicieron por entender el prolífico sentido creativo de la conjugación de las diversidades como verdadero tesoro inagotable de los pueblos.

Toda esta reflexión ha nutrido nuestro trabajo en la reciente película *Para recibir el canto de los pájaros*. Ojalá que nuestros esfuerzos –y los de tanta gente que puso "alma, corazón y vida", como dice una vieja canción, en esta película– alcancen para hacerla presente ante los espectadores de Bolivia, de América Latina y de nuestro querido planeta, al fin de cuentas.